

GIJÓN / 7 DIAS



por M. Campa

DE CESAR AUGUSTO
A VILLA CAJON

Se han dado tantas interpretaciones de la historia universal que no faltan, incluso, algunas verdaderamente pintorescas. Una de estas últimas parte de la curiosa observación de que el predominio mundial se ha ido desplazando progresivamente desde el Este siempre en dirección Occidental: Mesopotamia, Fenicia, Egipto, Grecia, Roma..., serían algunos ejemplos de esta trayectoria del poder. No es que este modelo teórico funcione demasiado bien al ser aplicado, pero al referirlo a nuestro ámbito local no resulta seguramente una chapuza mayor que la actual calle Corrida, primera arteria urbana, ahora en manos de cirujanos albarderos, para asombro de nuestros próximos visitantes estivales, que así tendrán una «profunda» visión de la villa. De modo que no hay por qué ser demasiado exigentes en lo secundario, cuando no se es en lo principal.

Pienso, pues, que podría explicarse muy bien la historia local a partir de ese modelo de interpretación del pasado. El primer predominio corresponde a Roma, que, como es a medias sabido, funda la capital de la Costa Verde, tan lentamente, que las celebraciones actuales del bimilenario parece que van a durar hasta el trimilenario. Cada dos o tres años hay en Gijón un acto para festejar el dichoso bimilenario de la ciudad. Las afirmaciones que se han hecho respecto a este oscuro momento histórico son tan entusiastas que no nos extrañaría ver escrito que César Augusto fue socio del CHAS, o que se le envía al emperador romano una citación como miembro del Consejo de Ancianos del Ateneo —que casos

similares se han dado ya. Apenas fundada la ciudad, se pobló de cartagineses, que paulatinamente se fueron asentando en una ladera próxima a Cimadevilla, llamada Somió. Estos primeros invasores darían nombre genérico a sucesivas oleadas de bárbaros, de tantas huellas en la edificación de la villa. Aquí arribaron galos incontinentes —a los que bastó un punto de contricción para merecer honores de la curia—, viajeros catalanes —que fueron con los siglos alcaldes y caciques de gran empaque—, árabes del Califato de Medina del Campo —que colaboraron en una industria que no tributa al Ayuntamiento—, vascos que hicieron progresar la gastronomía... Siguiendo la dirección del poniente, correspondió después la vez a las grandes migraciones interiores de Langreo y Tineo. La primera de éstas alcanzó gran altura en la construcción de la ciudad; la segunda se frustró al desaparecer el padrino

y protector que, como cónsul de Tineo, teníamos aquí los vaqueiros.

A estas invasiones siguió la de galaicos, que alcanzaron predominio en materia de prensa, tesoros ocultos y cultura en general, además, naturalmente, de promocionar el consumo de pulpo y el peligrosísimo y penosísimo ferrocarril Ferrol-Vladivostok-Gijón.

Llegaron luego los portugueses y, finalmente, del extremo oeste del Universo, vino la verdadera descubridora de Gijón: la Gringa de América. Pero la virtualidad de estos dos últimos sucesos migratorios no ha terminado todavía. El de la descubridora parece extraído de una obra de Moliere, por el afán desmedido de los «Harpagones» y «Jourdain» locales por relacionarse con personas tan importantes como «el hijo del gran turco», para integrarse plenamente en su nueva clase social. Ya Poquelin advirtió la gran debilidad del nuevo rico, la única, tal vez: relacionarse con «gente importante», sacrificando, si es preciso, hasta la faltriquera. Conozco el caso de un modesto profesor que se las vió y se las deseó para cobrar sus clases particulares en un domicilio donde la inefable dama descubridora sacó tajada sin ningún sacrificio por su parte.

Los humildes portugueses de Villa Cajón pueden ya dar lecciones de democracia a los orgullosos miembros del «Consejo de Ancianos» que han protagonizado la «vicalvarada» del Ateneo. No estaría demás que este prehistórico Consejo siguiera un seminario sobre «Legalidad y Democracia»; dirigido por los modestos súbditos del general Spínola.

